

## El Pensamiento Pedagógico de Rubén Darío

(PRIMERA DE DOS PARTES)

Carlos Tunnermann B.

No obstante, que el poeta se proclamó alguna vez el ser menos pedagógico de la tierra, Rubén tuvo un concepto muy claro de la importancia de la educación y de lo que significa para un país ofrecer a sus ciudadanos una buena educación. Cualquiera podría suponer que un autodidacta de la talla de Rubén, que logra un altísimo nivel de cultura general y literaria por su propio esfuerzo, podría sentir menosprecio o, al menos cierto escepticismo en relación con los sistemas formales de educación. No fue ese el caso de Rubén. Sin ser un especialista en las Ciencias de la Educación, supo juzgar los aciertos y debilidades de los sistemas educativos que analizó en sus escritos y tuvo siempre en muy alta estima el papel de la educación para el desarrollo de un pueblo.

En diversos artículos y poemas, Darío expuso sus ideas en torno de la educación, de suerte que puede afirmarse con propiedad que existe un pensamiento pedagógico dariano. La primera apología de la educación (el Saber) la hizo Rubén a los catorce años, en las décimas que leyó con motivo de la inauguración de la Escuela nocturna para obreros, en el barrio de San Sebastián de León de Nicaragua (1881). Oigamos una de esas décimas:

*Pues ya el pobre labrador  
que allá en los campos habita,  
recibe la luz bendita  
de un sol regenerador.  
El saber fecundador  
derrama aquí luces bellas  
que conviértense en estrellas  
y, con resplandor divino,  
dejan luz en su camino  
y claridad en sus huellas.*

En 1884, en una de las cuartetas intituladas El sol de la educación, dedicadas a una maestra del Colegio de Señoritas de Granada, Rubén dice:

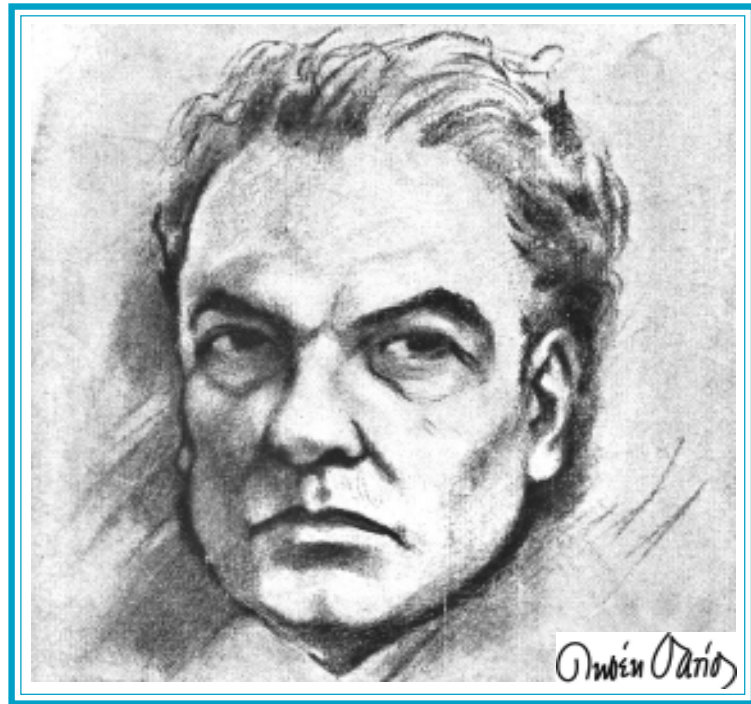
*¡Maestra! Después de Dios  
y de nuestros padres, que  
nos brindan vida y fe,  
lo debemos todo a vos.*

En el elogio que escribió en San José de Costa Rica del maestro y patriota cubano Antonio Zambrana, del cual ya insertamos antes algunos párrafos, Darío incluye una especie de ética del maestro, cuando sostiene que el maestro debe enseñar la bondad de la vida. Y

Quien no anima al joven que se inicia, anatematizado sea".

Nuestro maestro por antonomasia, el profesor Edelberto Torres califica estos conceptos de Darío como un bello evangelio de acción docente y agrega: "Ojalá cada maestro lo escribiere en su diario pedagógico, lo grabase en las células grises que primero despiertan cada día, y que lo tuviere presente cada vez que está enfrente de un niño o de un joven".

No fue ajeno a Darío el concepto de educación integral, resumido en el antiguo aforismo



agrega: "un maestro de seco corazón no puede ejercer el magisterio, ni podrá ejercerlo tampoco si careciese de otras virtudes cardinales como el entusiasmo y la intención pura". Y finaliza anatematizando al mal maestro: "¿Y a quién y por quién entusiasmarse sino por la juventud? Cuando el talento empieza a florecer es cuando necesita riegos de aliento. Maldito sea aquél mal sacerdote que engaña o descorazona al catecúmeno.

Mens sana in corpore sano. En un artículo publicado en Chile, Rubén escribió: "En el actual sistema de educación que se sigue entre nosotros es de aplaudirse que se procure el ensanche de la fuerza física al par que el de las facultades intelectuales. Un gimnasio es tan útil a un niño que puede darle hasta la vida. Para la educación de hombres y mujeres es incalculable el bien que produce. Después del libro, el aro de goma, o

el trapecio, o el salto. Así morirá la anemia en las niñas, que empiezan a recoger las rosas de la pubertad, y no saldrán hombres raquíticos ni neuróticos de entre aquéllos adolescentes que se robustezcan en los ejercicios".

Cuando se lee lo que Rubén escribió a propósito de los niños no puede menos que reconocerse que Rubén llevaba en su alma la vocación del maestro. Y si bien no siguió la carrera del magisterio, fue un Maestro, así con mayúscula, en el sentido de un elevado magisterio estético, literario y cívico. Él, que fue un niño de hogar precario, que no disfrutó de la ternura de sus padres naturales, que tampoco pudo disfrutar de los goces de la paternidad por mucho tiempo, fue, sin embargo, capaz de escribir sobre los niños, con ternura similar a la de un maestro de larga trayectoria docente. Oigamos: "Los que no han tenido la desgracia de ver su hogar vacío, los que saben del encanto de los labios infantiles y los ojos angelicales, azules o negros, esos saben la emoción intensa que despiertan en nuestros corazones las miradas y las sonrisas de los niños. Porque en todos los climas, en todos los tiempos, en todos los países, los niños son iguales, son flores de humanidad".

Con palabras de auténtico pedagogo nos advierte del peligro que representa recargar a los niños de conocimientos antes de la edad apropiada y únicamente por el afán de los padres de mostrarlos como niños prodigios o excepcionalmente inteligentes: "No olvidaré nunca, dice, a un muchachito demasiado despierto, de una familia hispanoamericana, que, delante del papá y la mamá me salió con esta embajada: ¿Qué piensa usted de los versos de Verlaine? -Me dieron ganas de tirarle de las orejas-. Los frutos que se anticipan a su tiempo, o que, por manejos y artes de horticultor, precipitan su madurez no son buenos al paladar. En las almas pasa lo propio. La excesiva precocidad, en talento como en crimen, no puede sino ser degeneración. Debe afligirse un padre ante el espectáculo de un retoño que se hace árbol antes de tiempo".

"Lógico es -nos dice el profesor Torres-, que quien amara a los niños, pensara en los li-

bro propios para ellos, esos instrumentos didácticos, que, además, deben ser educativos. Posiblemente, deseaba evitar que los niños sufrieran la indigestión libresca que él sufrió", agrega don Edelberto, y que cuenta en su Autobiografía. "Importa mucho -escribe Rubén- no ofrecer a los niños libros ridículos y cromos con vulgaridad grosera", pues recuerda que la diversidad y la gracia del espíritu de los hombres las hacen las lecturas y las visiones de los primeros años. En cuanto a los juguetes, en un artículo publicado bajo el título A propósito de Mine Segur, incluido en su libro Todo al vuelo, Darío lamenta que: "A los niños se les arme de sables y se les presente como precioso y hermoso el espectáculo de la guerra, el oficio de matar alemanes, chinos o negros".

También las canciones infantiles y la poesía para niños merecen la atención del poeta. Se entusiasma con Rafael Pombo y José Martí, que escribieron bellos poemas para niños. Hay en esas poesías una gracia abuelasca que encanta a los caballeritos implumes, y que refresca la mente antes de que lleguen al binomio de Newton (que Darío nunca entendió) y los afluentes de los grandes ríos chinos. El propio Darío hizo un bello aporte a la literatura infantil. Don Edelberto nos recuerda las siguientes poesías de Rubén dedicadas a los niños: Un soneto para Bebé; A Margarita Debayle;

En el álbum de Raquel Catalá; La rosa niña; La copa de las hadas; Babyhood y Pequeño poema infantil.

"He aquí -nos dice Rubén-, los dos principales elementos que hay que saber despertar en el espíritu infantil; la risa y el sueño, el rosal de las rosas rosadas y el plantío de los lirios azules". Y con insistencia Darío aboga "porque no se quite a los niños nunca, jamás, los tesoros de la risa y del ensueño". "El teórico de la Pedagogía, apunta el profesor Torres, podría comentar largamente todos los conceptos implícitos en esas palabras: la risa y el ensueño, a la luz de los descubrimientos que la sicopedagogía ha hecho en el universo del ser infantil... Y aunque un doctor en Educación podría sonreírse, la peda-

*Pasa a la Página 14*